

**La**  
*filosofía*  
**CRISTIANA**  
*de la*  
**EDUCACIÓN**  
*Explicada*

**Stephen C. Perks**

Whitby

---

AVANT BOOKS

---

Inglaterra  
1992

*Publicado en Gran Bretaña por*  
AVANT BOOKS  
P.O Box 1, Whitby, Nork Yorkshire,  
Y021 1 HP, Inglaterra

Stephen. C. Perks 1992  
*Todos los derechos reservados*  
ISBN 0-9518899-0-7

**Biblioteca Británica Catalogación en la Publicación de Datos.**

Un registro del catálogo de este libro está disponible  
en la Librería Británica

*Impreso y encuadernado en Gran Bretaña por*  
Biddles Ltd, Guildford, Surrey

## Apéndice B

### ADORACIÓN Y DOMINIO

Somos enseñados en la Escritura por nuestro Señor que aquellos que adoran a Dios “deben adorar en espíritu y en verdad” (Juan 4:23). Por lo tanto es de suma importancia, que comprendamos la verdadera naturaleza de la adoración que Dios requiere de nosotros.

En hebreo las dos palabras básicas para la adoración son *shachah*, que significa “postrarse, humillarse” y *habad*, que significa “servir, trabajar para.” *Shachah* equivale a la palabra griega *proskuneo* traducida como “adoración” en Juan 4:23 y un acto físico de agacharse en humildad. Claro está, que en lo que se refiere a Dios es completamente inútil a menos que simbolice la sumisión humilde y voluntaria a Dios y a Su voluntad.

El término *habad* tiene un alcance mayor en que incluye toda la vida y las acciones del hombre. Esto implica el servicio que Dios requiere del hombre. De manera significativa el sustantivo *habodah* también significa “mueble.” Esto puede parecer extraño, pero la lógica de esto es bastante simple e instructiva. El mueble sirve para un propósito y ese propósito está determinado por aquel que lo crea. Esta creado completamente para el uso y servicio del hombre. El mueble existe simplemente para servir al hombre y sus necesidades, por lo tanto, no tiene un propósito fuera de la voluntad y el control de quien lo posee o lo utiliza. De la misma manera el hombre fue creado para servir a Dios conforme a Su voluntad. La vida del hombre es abarcada completamente por la voluntad soberana de Dios. Ningún hombre tiene un propósito legítimo fuera del diseño de Dios y el darle la espalda a Dios y buscar una vida autónoma es convertirse en un ser sin propósito, sin verdadero significado en la vida. Esto implica convertirse en el desperdicio de la creación y es apropiado decir que la morada eterna de los que buscan una vida de autonomía está descrita en el Nuevo Testamento como *Gehena*, ya que *Gehena* era un vertedero a las afueras de Jerusalén donde todo tipo de desperdicio, incluyendo criminales muertos e ídolos quebrados, eran quemados – la palabra *Gehena* es traducida como “infierno” en la versión autorizada. El propósito legítimo del hombre está tomado completamente de la voluntad de Dios y en el cumplimiento de este propósito, el hombre sirve, labora o adora por medio de su servicio y labor al Dios quien lo creó. Así es que, el negar a Dios y Su propósito para el hombre es hacerse uno mismo morador de *Gehena*.

La naturaleza de la adoración que Dios demanda del hombre está en el Nuevo Testamento explicada más por el apóstol Pablo cuando escribe: “Así que, hermanos, les ruego por las misericordias de Dios, que presenten sus cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, *que es su culto racional*” [algunas traducciones dicen “adoración espiritual”] (Romanos 12:1). La palabra traducida como “culto” aquí es *latreia*, que significa en primer lugar, “servicio,” y después un “servicio divino” o “adoración.” Esta es la palabra que es utilizada para traducir la palabra *habodah* en la traducción Septuaginta del Antiguo Testamento. De este modo, el apóstol establece la naturaleza básica de la adoración al poner la atención en el hecho de que la verdadera adoración es un servicio inteligente y racional a Dios por el hombre completo. Esto tiene implicaciones significativas.

En *primer* lugar, el carácter básico de la adoración es el *servicio* no la experiencia. Ni *shachah* ni *habad*, ni ninguno de sus equivalentes en el Nuevo Testamento, se refieren a la experiencia o aun estado emocional subjetivo de la mente. Ambos se refieren a la sumisión del hombre a Dios, la primera es un acto de inclinarse a Dios en adoración y humildad como una

expresión de respeto y sumisión a Su señorío y soberanía, la otra se refiere a una vida de servicio y obediencia a Dios. La adoración es servicio, no experiencia.

En *segundo* lugar, la adoración abarca toda la vida. Estamos llamados a rendir nuestros *cuerpos* – es decir, todo nuestro ser, no sólo nuestra mente o espíritu – en sacrificio santo a Dios en todas las cosas. El cuerpo está involucrado en la totalidad de la vida. Así es que, con todo lo que somos y en todo lo que hacemos y pensamos debemos servir a Dios conforme a Su voluntad. En cualquier campo de estudio que estemos involucrados, en cualquier vocación que tengamos, en cualquier cosa que hagamos en nuestro tiempo libre, hemos de servir a Dios conforme a Su voluntad y sólo cuando lo hacemos estamos rindiendo a Dios la verdadera adoración que Él demanda de nosotros.

Al reducir el significado de la adoración a lo que sucede en la iglesia el domingo, los Cristianos han convertido la religión Cristiana irrelevante para la vida y como consecuencia la iglesia se ha vuelto irrelevante como una fuerza cultural en la sociedad. Un concepto de la fe que es básicamente monástico ha prevalecido. De manera similar, los pietistas ven la adoración como algo hecho simplemente por el hombre interior, mientras que en la Biblia la adoración es algo hecho por todo el hombre en todo el curso de su vida. La adoración abarca la totalidad de su vida y su ser, en pensamiento y en acción.

Por consiguiente, en *tercer* lugar la adoración en la iglesia o el servicio del domingo sólo es un aspecto de la adoración que Dios requiere de Su pueblo, de hecho un aspecto esencial y de vital importancia. En la iglesia el pueblo de Dios se involucra en una adoración, oración, acción de gracias de manera corporativa y recibe enseñanza e instrucción de la palabra de Dios. También se reciben los sacramentos del bautismo y la cena del Señor. Todos estos elementos son importantes en la vida Cristiana pero no constituyen el todo de la adoración que Dios requiere de nosotros y cuando existen por sí mismos, como un espectáculo una vez a la semana, tenemos un indicativo claro en la Escritura que Dios encuentra tal servicio de labios inaceptable, por lo tanto, lo que hacemos en un servicio los domingos es real y válido *sólo* en el contexto más amplio de una *vida* de adoración, es decir, de servicio a Dios.

En *cuarto* lugar, se nos ha dicho que la adoración que Dios requiere de nosotros debe ser un *servicio* razonable. La palabra traducida aquí como “razonable” (*logikos*) viene del mismo grupo de la palabra de donde se obtienen las palabras *lógica* y *lógico*. Esto necesita ser engendrado en la mente especialmente hoy cuando la naturaleza de la adoración es vista casi completamente como emocional en carácter y carente de contenido racional. Tal adoración no es aceptable a Dios. Se nos ha ordenado amar al Señor nuestro Dios con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con toda nuestra *mente* (Mateo 22:37), en otras palabras con la totalidad de nuestro ser. La naturaleza completa y el curso de nuestras vidas incluyendo la adoración corporativa de los domingos, debe ser un servicio racional a Dios. Así es que, intentar adorar a Dios en un idioma desconocido, ya sea a través de la participación en la misa Tridentina o “hablando en lenguas,” es una contradicción al primer y grande mandamiento expuesto por nuestro Señor.

Esto no significa que debemos idolatrar el intelecto, pero tampoco debemos descuidarlo. Nuestro intelecto es dado por Dios y debemos usarlo en la medida de nuestras capacidades, con todas nuestras fuerzas en el servicio a Dios, así como hemos de someter nuestra vida emocional a Su servicio. Ni la idolatría ni el descuido es el enfoque correcto para nuestras mentes como Cristianos. El Cristianismo no es una religión del corazón, tampoco es una religión de la cabeza,

es una religión de todo el hombre que demanda el uso total de la vida y el ser del hombre al servicio de Dios. Así es que, rendir adoración, ya sea en nuestras vidas diarias o en los servicios corporativos de la iglesia, que no sea racional es ofrecer a Dios menos de lo que Él nos demanda.

En *quinto* lugar, el ejercicio de dominio en Cristo, debido a que es esencial para el cumplimiento del mandato de creación del hombre y el propósito de Dios al crear al hombre, es un acto de adoración. Estamos llamados a dedicar nuestras vidas y vocaciones al servicio de Dios conforme a Su propósito revelado para Su creación. Esta es la creación del hombre o mandato cultural, dado primeramente en Génesis 1:28 y renovado y restablecido por nuestro Señor Jesucristo en Mateo 28:19-20. Este mandato es una orden de ejercer el dominio en el nombre del Señor y de este modo traer *todas* las cosas, cada pensamiento y práctica del hombre, y todo aspecto del mundo que se le ha dado para gobernar, a la sujeción a Jesucristo. El ejercicio del dominio en Cristo es por lo tanto, un elemento esencial en el servicio que Dios requiere del hombre. El fallar en buscar este dominio en Cristo es fallar en rendir a Dios la adoración que Él requiere del hombre por medio de una vida de total servicio a Dios en Su voluntad revelada para la creación, es fallar en glorificar a Dios en la forma que Él lo demanda y es rendir una adoración inferior a quien demanda y reclama legítimamente nuestras vidas completas a Su servicio.

El ejercicio de dominio en Cristo es por lo tanto, una parte importante de la adoración que Dios demanda de Su pueblo. Así es que, en Salmos 149 la adoración y el dominio están inextricablemente unidos:

Regocíjense los santos por su gloria y canten aun sobre sus camas. Exalten a Dios con sus gargantas y espadas de dos filos en sus manos, para ejecutar venganza entre las naciones y castigo entre los pueblos; para aprisionar a sus reyes con grillos y a sus nobles con cadenas de hierro; para ejecutar en ellos el juicio decretado. Gloria será esto para todos sus santos (v.5-9).

De acuerdo a los traductores de la Biblia de Geneva (1560) este Salmo es “Una exhortación a la Iglesia a alabar al Señor por su victoria y la conquista que él le ha dado a sus santos en contra de todo el poder del hombre.” En referencia al versículo 7 se nos ha dicho que “Esto se logra principalmente en el reino de Cristo, cuando el pueblo de Dios por causas justas ejecuta el juicio de Dios en contra de sus enemigos.” Claro está que los Puritanos hablaron desde dentro del contexto de la civilización Cristiana. Ellos entendieron que la victoria de la iglesia Cristiana debe guiar a una civilización Cristiana y al establecimiento de la justicia de Dios en toda la tierra.

Este es el futuro para el que el Cristiano trabaja al servir a su Señor aquí en la tierra. El evangelio debe ser predicado por todo el mundo. La victoria es segura, porque Dios le ha dado las naciones a Su Hijo como Su herencia (Salmos 2:8-12) y lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límites (Isaías 9:7). Como el pueblo de Dios tenemos una parte gloriosa en el plan de Dios para la creación y miramos la victoria que es Suya y a través de Cristo también nuestra, tanto aquí en la tierra como en la resurrección. Nuestra participación en el propósito de Dios para Su creación y así en Su victoria y conquista sobre el pecado y el mal, es el servicio que Dios requiere de nosotros y es la totalidad de este servicio lo que constituye la verdadera adoración que Dios demanda de Su pueblo.

En *sexto* lugar, esto tiene mucho más implicaciones para la educación. Hemos sido enseñados en las Escrituras que nuestros hijos han de ser criados en la disciplina e instrucción del Señor (Efesios 6:4). Muy pocos Cristianos dudarían que esto involucre la enseñanza a nuestros hijos de adorar a Dios conforme a Su palabra. Nuestros hijos deben comprender la naturaleza de

la adoración que Dios requiere del hombre si es que ellos han de crecer en gracia y verdad. Pero muchos fallan en darse cuenta que la adoración que Dios demanda de Su pueblo es mucho más que una alabanza corporativa en la congregación los domingos y la búsqueda de una vida devocional privada. La adoración a Dios significa *laborar* o *trabajar* para Dios y Su propósito en todo el transcurso de la vida de alguien. A menos que busquemos servir a Dios, trabajar para Él, en todo lo que hacemos al buscar el dominio que Él requiere de Su pueblo, fallaremos en adorar a Dios conforme a Su palabra.

Además, si fallamos en educar a nuestros hijos para el dominio, fallaremos en educarlos para la adoración en el sentido más completo y de este modo, los estorbaremos en venir a Dios en Cristo (Lucas 18:16). El todo de la vida del hombre es ser un servicio de adoración a Dios y por lo tanto, los hijos deben ser educados para trabajar para Dios, laborar “como para el Señor,” en *todas* las cosas (Efesios 6:5-7). Esto necesita de una educación basada en un aprendizaje piadoso y una disciplina en *todas* las cosas, todos los aspectos de la vida, todas las disciplinas académicas, etc.

Una educación verdaderamente Cristiana, por lo tanto, va más allá de la idea tradicional de una “educación religiosa” enseñada en la mayoría de las escuelas de nuestro país. No se trata de una sola materia tratando con un aspecto particular de la vida, sino abarcando toda la vida, porque en el transcurso de nuestras vidas y en todas las cosas que hacemos hemos de servir o trabajar para Dios y de este modo, cumplir el propósito para el que Él nos creó y redimió en Jesucristo. Es sólo cuando trabajamos para Dios en todas las cosas que adoraremos a Dios conforme a Su palabra y por lo tanto, sólo cuando eduquemos a nuestros hijos conforme a esto, los prepararemos para una vida de servicio y adoración.

La adoración que Dios demanda de Su pueblo requiere de la provisión de una educación piadosa para nuestros hijos, es decir, una educación basada en una disciplina piadosa y un *aprendizaje* piadoso en todas las disciplinas académicas. El dominio al que estamos llamados como el pueblo de Dios y por lo tanto, la adoración que hemos de ofrecer a nuestro Redentor, necesita este proceso de aprendizaje piadoso y disciplina, y negarlo a nuestros hijos es rehusarnos adorar a Dios conforme a Su palabra y estorbarlos para que ellos también lo hagan y finalmente apostatar de la fe.